

PRÓLOGO DEL AUTOR ⁽¹⁾

SEA cual fuere la opinion que se adopte acerca del origen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma, tambien llamada *romance*, y que fué el metro propio de nuestra poesía popular más antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milagros, los amoríos y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la más remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interés, y son tan vigorosos en la expresion y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, luchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semi-bárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oimos intercalados con toda su rudeza y con su antiguo lenguaje, en el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingenios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta y á una literatura tan atrasada, mucho realce á sus composiciones. Luis Velez de Guevara en su drama titulado *Reinar despues de morir*; Cubillo de Aragon en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La más hidalga hermosura* lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas comedias los romances, que muchos años atrás andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de doña Inés de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinacion tomada por los castellanos de liberar á su conde Fernan-Gonzalez, preso á traicion por el rey de Navarra. Innumerables ejemplos pudiéramos citar de esto mismo. Y el apoderarse así á la letra de los antiguos romances para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta del severo y clásico Moratin en su obra titulada: *Origen del teatro español*.

El romance octosílabo más acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo, que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos más ataviados y cultos de Gonzalo de Bercé, prevaleció sobre ellos, campeando siempre como verdadero me-

tro nacional. No sólo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribían nuevos romances siempre que ocurrian acontecimientos notables, y sucesos ó hechos de armas cuya memoria debia conservarse. Y habia poetas de profesion en los campamentos de nuestros caudillos, y en las cortes de nuestros reyes, que cantaban en este metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso rey San Fernando llevaba en las huestes con que ganó á Sevilla á *Nicolás de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento despues de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la expedicion, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del Norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideracion que merecian los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fe que se les daba, se conoce al recordar que de las tradiciones conservadas en ellos, se formaron muchas de las narraciones de las crónicas, que se escribieron despues. Narraciones que aún cuando sean de hechos falsos ó exagerados, y que por lo tanto hayan sido últimamente arrojados de la historia por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances más antiguos que poseemos, refieren hazañas y milagros ó caballerías de la corte de Carlo-Magno, por donde se ve que nuestra poesía tuvo el mismo origen, que la de todos los países del mundo: la admiracion de los grandes hechos y el entusiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma estructura con que hoy los hacemos; pues son versos de ocho sílabas, en que los impares van libres ó sueltos, y los pares rimados con una misma desinencia. Y en esta estructura particular, y colocacion alternada de la rima, apoya el ilustrado Conde su opinion, que es la más admitida, de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis sílabas, pareados, esto es, rimados de dos en dos; que se escribieron por ignorancia ó de intento, divididos en hemistiquios, y cada uno de estos en un renglon

(1) Puesto al frente de la primera edición de los *Romances históricos*, hecha en Madrid el año 1840.

aparte, resultando la rima alternada y como hoy la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante riguroso y uniforme, lo que les daba un monótono y continuado martilleo muy desapacible. Y en los más antiguos, como escritos en la infancia de la lengua y cuando aún no estaba fijada, los poetas añadian letras y sílabas á las palabras finales de los versos, ya para completar el número, ya para formar el sonsonete. Siendo ciertamente muy desagradable y fastidiosa la repetición del mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces, ó acaso más, pues algunos de aquellos romances son de bastante extensión; los adelantos de la lengua y del buen gusto produjeron la invención y adopción del asonante. Bien sea este, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repetición de un mismo consonante hiciese observar, que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra, para formar una rima muy distinta y armoniosa. El romance se apoderó exclusivamente de este primor de nuestro idioma, de esta semi-desinencia, que luego se introdujo en otros metros, como artefacto exclusivo de la versificación castellana; y que más adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sus seguidillas, tiranas, etc. Pero no hay ejemplo de esta ventajosa innovación anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía; como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en orden, gala y corrección, cultivado por los ingenios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Calderon, y de otros buenos ingenios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entónces nacieron los romances moriscos, engañándose mucho los que, escasos de erudición, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con sólo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las creencias, que en ellos se atribuyen á personajes moros, son los de aquella nación; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos; moda que produjo muy felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance jocoso, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y muy bellos romances moriscos. Inventados fueron, pues, estos por los ingenios castellanos, y los que Perez de Hita introdujo en su *Historia de las guerras civiles de Granada*, compuestos por él, como todo el libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos de aquel

tiempo ser traducción ó imitación de alguna antigua composición árabe.

En pos de los romances moriscos vinieron los pastoriles, en que fué extremado el príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingenio colosal de Quevedo se apoderó también del romance para la sátira, y le dió en este género un ensanche sin límite, y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no sólo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensamientos más nuevos y originales, y de todas las frases más agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosilábico castellano se adoptó muy desde luego por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continúa hasta nosotros, siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetas, décimas, octavas, sonetos, liras y aún versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificación; pero en Lope, Alarcon, Tirso, Calderon, Moreto, Rojas y demás insignes dramáticos, se observa que emplearon casi exclusivamente el romance para las narraciones. Este fué luego enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño absoluto de ella, á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demás metros. Castrillon fué el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificación en la comedia; y hoy día se ha (en nuestra opinión con muy buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su origen, por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió su composición con la introducción del asonante; la vulgaridad que le dió el diálogo cómico; y la soltura y ensanches que debió, como dejamos dicho, el gigantesco ingenio de Quevedo, lo fueron entregando al brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio exclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridículamente culto; ya lánguido, trivial y chabacano. Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como el verso escrito sólo para el vulgo, y como el que podía permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdenarlo.

En vano Luzan hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesía española, á mediados del siglo pasado. En vano Melendez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió, no sólo romances eróticos y descriptivos, sino también composiciones líricas de un género más filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios más encarecidos: el romance no resucitó. Los ingenios que han honrado nuestro Parnaso después de

Melendez, apenas han escrito alguno que otro, ya erótico, ya jocoso, dedicándose exclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas más recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos con consonantes agudos, que dan á nuestra lengua un giro mezquino y una canturía, más propios del idioma francés que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneración (en que la poesía, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su origen, dejando á un lado la servil imitación de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas más en armonía con las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosilábico castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningun otro metro podía encontrarse más á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el más adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía, y por lo tanto á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del romanticismo.

Pero aún más extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía, hayan emprendido proscribir por principios el romance, como indigno del Parnaso español, y como metro despreciable y chavacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero, el alemán Schlegel, el que, sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitación. Que un extranjero se haya equivocado, y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar; pero sí lo es, y mucho, que lo hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real orden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud el romance octosilábico castellano como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Y se sienta como positivo, que las más triviales y chavacanas se ocurren inmediatamente á todo español, que lee ó oye una ó dos coplas de romance, aunque este sea muy bueno, y de asunto muy grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los matices, á todos los asuntos imagi-

nables, en manos de nuestros mejores poetas; y que, ya rudo, vigoroso y desaliñado, ya galano y florido, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro Parnaso; es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone á la opinión general.

Dígase enhorabuena que el romance octosílabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopéya* (si es que á alguien le da en este siglo la mala tentación de escribir alguna); pero excluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopéya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan excelentes trozos de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance, es demasiado pretender, es arrojarse con suma ligereza á dar una sentencia definitiva, que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos, que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oído y alma recuerda las chavacanas del vulgo cuando lee ó oye el sencillo y sublime romance histórico, en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago*, en la batalla de Aljubarrota, que viendo á su rey con el caballo muerto, le da el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo, y se entra á pie á morir como bueno en lo recio de la pelea?... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos, cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquilache, y los tiernos y de estructura lírica de Melendez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Calderon hace sus exposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados? —Y en vano es alegar en contra nuestra el gran número de perversos romances que se han escrito; porque también se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Marujan, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracian, y los desmayados y prosaicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aún no le ha ocurrido á ningun italiano el proscribir los sonoros y flúidos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio y otros grandes poetas; fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achavacanan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzoni una de las odas más altas, sublimes y filosóficas de nuestros días, la que intitula *El 5 de mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleon. ¿Y el francés Beranger no ha colocado su nombre entre los prime-